

Emblemática y Señera

● Stella Díaz Varín cerró el ciclo “El lugar de la palabra” de la sala Shakespeare, con una selección de los poemas que la convirtieron en una de las figuras literarias más polémicas de la generación del 50.

Su vida ha cambiado mucho. Stella Díaz Varín, poeta, tuvo grandes ideales y en su defensa se convirtió en el principal emblema femenino de “los escritores que, por los años 50 conservaban la esperanza de cambiar al mundo. Queríamos ser honestos, pero la gente confundió la honestidad con la estupidez”.

Con su libro “«Los dones visibles» o Lenguaje y realidad en la muerte-vida”, ganó la primera versión del Premio Consejo Nacional del Libro, en 1993. Un año más tarde, la Casa de la Cultura de Cuba, publicó en La Habana su selección “Poesías”.

De los años como alumna de Gabriela Mistral, y de las experiencias como escritora polémica y combativa, ya no quiere hablar, porque Chile “ha cambiado demasiado, ...ya no vivo en Las Condés... y sólo me preocupa ser abuela de tiempo completo”.

—¿Ha evolucionado también su obra?

“Evolución temática, no. El amor siempre ha estado presente como la razón de ser de mi obra, pero no es un tema. No existen los cambios temáticos, porque el amor está en todas las actitudes del hombre. El amor y el dolor son problemas de vida y no aceptan alteraciones. Son los

temas fundamentales del arte. Y si no, es el odio. Pero tienen mucho en común. Los poetas, los músicos y todas las expresiones artísticas exaltan o minimizan el gran sentimiento del hombre y lo que el ser humano es; para qué vive, para qué no vive: el amor, el odio. Me parece muy frío hablar de evoluciones. El hombre siempre se acerca a lo que incluye y trata de ser: un hombre amante y amado. ¿Por qué escribe o por qué danza, por qué pinta, por qué hace música? Porque tiene amor hacia lo espiritual. En eso, sólo hay instancias”.

—¿Qué motivó a los poetas del 50?

“Comencé a escribir desde niña. Nací en La Serena... esas circunstancias ahora no importan. En realidad, no hubo motivos que me indujeran a escribir. Hace algunos días, hice un taller en la Escuela Pablo Neruda, de la población Lo Prado. Uno de los niños me preguntó: «¿Usted escribió desde dentro cuando era niña o le pusieron un ‘pie forzado’?». Casi caí muerta. Le contesté que siempre he escrito desde dentro. Esa es la maravilla más grande del mundo”.

—¿Tenían ideas que los identificara como generación? Los jóvenes de hoy...



“En realidad, tengo un ‘fan club’ que me admira, como si fuera un hueso santo”.

CLAUDIO BUENO

“¡No hay ninguna comparación! Nosotros todavía éramos idealistas. Los poetas de la generación del 50 creíamos en muchas cosas, como que el hombre no debe ser indecente. Teníamos que ser honestos, pero la gente confunde la decencia con la estupidez. Nos sentíamos libres de polvo y paja... los burgueses eran lo peor. Nosotros éramos los señores, los adalides, los campeadores, flameando una bandera metafísica donde el espíritu estaba sobre todas las cosas. Teníamos que vivir la maravilla y la belleza. Ahora... no me preguntes nada,

porque ya no tengo 25 años y vivo en un infierno del que trato de salir todos los días”.

—¿Se puede decir que ha habido progresos o retrocesos en la poesía chilena?

“Neruda dijo una vez algo elemental. Mientras la poesía exista, va a existir poesía. ¿Progreso o retroceso? La poesía es mucho más en quien la siente que en quien la escribe. Su ritmo lo llevas en la oreja, en la cabeza, en el ojo, en cada yema de los dedos. Es como si estuvieras juntando los dedos. Siempre me he negado a pensar que la poesía es un don. La poé-

tica de 400 años atrás era diferente, porque nuestro mundo y nuestra civilización son distintas —con posmodernismos y cuestiones—. La poesía es diferente, aunque es la misma. Lo que dice el «Cantar de los Cantares» lo dijo Neruda, lo dijo Huidobro, lo dijo Sancho, Perico y Diego. Es lo mismo, no hay modalidades. Tampoco se puede definir a la poesía. Nunca he pensado qué es la poesía, porque en el mismo momento en que lo haga no voy a volver a escribir un poema. Es algo absolutamente fuera de mí misma. Existen instantes poéticos en los que tú existes, pero no se puede decir nada más, porque la poesía trasciende a todo. Tampoco sé lo que siento cuando escribo, porque me encuentro totalmente ida”.

—¿Cómo transmite esos instantes?

“El espacio ideal para transmitir la poesía es donde el hombre se constituye como ser humano, como ente amante de la belleza y de lo que le rodea, porque el hombre vive no solamente por sí mismo, sino también por lo que le rodea. El sitio donde el hombre puede evidenciar la poesía es justamente su ámbito, su lugar, su lar, su estadio, su población, y donde todo el mundo lo está esperando para escuchar la palabra. Cuando el hombre emite su palabra, ahí está su poesía”.

—¿Qué efecto tiene la palabra poética en el receptor?

“La de comunión con el emisor. Desde el mismo momento en que el creador emite poesía, el receptor también hace poesía”.

José Miguel Izquierdo S.